



dos, pues todavía después de haber tenido cien cortejos es un manjar apetitoso.

—¿Á quién cuentas eso? interrumpí yo al llegar aquí: ¿piensas tú que ignoro esas ventajas? Las he considerado muchas veces; y hablándote sin ningún disimulo, te digo que lisonjean sobrado á una muchacha de mi genio. Conozco en mí mucha inclinacion á la vida cómica; pero esto no basta, pues se requiere talento, y yo no tengo ninguno: algunas veces me he puesto á recitar relaciones de comedia delante de Arsenia, y no ha quedado satisfecha de mí, lo que me ha hecho no gustar del arte.—No es extraño que le hayas disgustado, replicó Fenicia: ¿ignoras que esas grandes actrices son por lo comun envidiosas? Á pesar de su vanidad temen se les presenten personas que las desluzcan. En fin, yo sobre este asunto no me atendría solamente al voto de Arsenia; su decision no ha sido sincera. Dígame sin lisonja que has nacido para el teatro. Tienes naturalidad, accion despejada y muy graciosa, un metal de voz suave, buen pecho, y sobre todo un buen palmito de cara. ¡Ah, picaruela, á cuántos encantarás si te haces comedianta!

Á esto añadió otras espresiones seductoras, y me hizo declamar algunos versos para convencerme á mí misma de la excelente disposicion que tenia para el teatro; y habiéndome oido, fueron mayores sus elogios, hasta decirme que me aventajaba á todas las actrices de Madrid. En vista de esto no debia ya dudar de mi mérito, ni dejar de acusar á Arsenia de envidia y de mala fé. Me fué preciso convenir en que mi persona valia mucho. Fenicia me hizo repetir los mismos versos delante de dos cómicos que entraron en aquella sazón, los que se quedaron pasmados, y cuando volvieron de su admiracion fué para colmarme de alabanzas. Hablando seriamente, te aseguro que aunque los tres hubieran ido á porfía sobre quién me habia de elogiar mas, no hubieran empleado mas hipóboles. Mi modestia tuvo poco que padecer con tantos elogios. Principié á creer que valia algo, y heme aquí resuelta á abrazar la profesion cómica.

—No hablemos mas, querida mia, dije á Fenicia, está hecho: quiero seguir tu consejo, y entrar en la compañía si no hay inconveniente. Á esto mi amiga, arrebatada toda de gozo, me abrazó, y sus dos compañeros no manifestaron menos alegría que ella al ver mi determinacion. Quedamos en que al dia siguiente por la mañana iria al teatro, y repetiria delante de toda la compañía el mismo ensayo. Si en casa de Fenicia adquirí una opinion ventajosa, todavía fué mas favorable la de los comediantes después que recité en su presencia solo unos veinte versos; y así me recibieron muy gustosos en la compañía. Desde entonces puse mi atencion solo en el modo con que habia de salir la primera vez á las

tablas. Para que fuese con mas lucimiento, gasté todo el dinero que me quedaba de la sortija; y si no me presenté con ostentacion, á lo menos hallé el arte de suplir la falta de magnificencia con un gusto delicado. Presentéme en fin por la primera vez en la escena: ¡qué palmadas! ¡qué aplausos! no faltaré, amigo mio, á la modestia si te digo que arrebaté la atencion de los espectadores. Era preciso haber presenciado la celebridad que adquirí en Sevilla para creerla. Fuí el objeto de todas las conversaciones de la ciudad, la que por tres semanas acudió á bandadas á la comedia, de modo que la compañía con esta novedad atrajo al público, que ya empezaba á desampararla. Me presenté de un modo que hechizó á todos, lo que fué publicar que me vendia al que mas diera. Una infinidad de sugetos de todas edades y condiciones vinieron á ofrecerme sus obsequios y facultades. Por mi gusto hubiera escogido al mas jóven y bonito; pero nosotras solamente debemos mirar al interes y á la ambicion cuando se trata de tomar una amistad. Esta es regla del teatro: por cuya razon mereció la preferencia D. Ambrosio de Nisaña, hombre ya viejo y de muy rara figura; pero rico, generoso, y uno de los señores mas poderosos de Andalucía. Es verdad que le costó caro. Tomó para mí una hermosa casa, la adornó magníficamente, me buscó un buen cocinero, dos lacayos, una doncella, y me señaló para el gasto mil ducados mensuales. Añade á esto, ricos vestidos y muchas joyas. Arsenia nunca llegó á un estado tan brillante.

¡Qué mudanza en mi fortuna! ni aun yo podia comprenderla, ni me conocia á mí misma; por lo que no me espanto de que haya tantas que se olviden prontamente de la nada y miseria de donde las sacó el capricho de algun poderoso. Te confieso ingenuamente que los aplausos del público, las espresiones lisongeras que oía por todas partes y la pasion de Don Ambrosio, me infundieron una vanidad que llegó hasta la extravagancia. Miré mi habilidad como un título de nobleza, y tomé el aire de señora; ya escaseaba tanto las miradas cariñosas, cuanto las habia prodigado antes; de suerte que me puse en el pié de no hacer caso sino de duques, condes y marqueses.

El señor de Nisaña con algunos de sus amigos venia todas las noches á cenar á casa: yo por mi parte procuraba juntar las cómicas mas divertidas, y pasábamos la mayor parte de la noche en beber y reir. Una vida tan agradable me acomodaba mucho; pero no duró mas que seis meses. Si los señores no tuvieran la facilidad de cansarse, serian muy amables. Don Ambrosio me dejó por una maja granadina que acababa de llegar á Sevilla, con muchas gracias y el talento suficiente para hacerlas valer. Mi afliccion no duró mas que veinte y cuatro horas, porque inmediatamente ocupó su lugar un caballero de veinte y dos años, llamado

Don Luis de Alcacer, tan bello mozo que pocos podian comparársele. Con razon me preguntarás, por qué elegí á un señor tan jóven, sabiendo que el trato con esta clase de amantes es peligroso; y yo te diré que Don Luis ni tenia padre ni madre, y que ya disponia de su hacienda; ademas que este trato solo deben temerlo las criadas y las miserables aventureras; las mugeres de nuestra profesion son personas de título; nunca somos responsables de los efectos que producen nuestros atractivos. Desgraciadas las familias á cuyos herederos hemos desplumado.

Nos apasionamos tan estremadamente uno de otro, Alcacer y yo, que dudo haya habido jamas amor como el nuestro. Nos amábamos con tanto ardor que no parecia sino que estábamos hechizados: los que sabian nuestra pasion nos creian los amantes mas dichosos del mundo, y tal vez éramos los mas infelices. Don Luis era amable por su rostro; pero tan zeloso, que me atormentaba á cada instante con injustos recelos. Por mas que yo procurase no mirar á hombre alguno para acomodarme á su flaqueza, su ingeniosa desconfianza hallaba delitos con que inutilizaba mi cuidado. Si estaba en la escena, le parecia que mientras representaba miraba al descuido cariñosamente á algun jóven, y me llenaba de reconvencciones. En una palabra, nuestras mas tiernas conversaciones estaban siempre mezcladas de quejas. No pudimos aguantar mas; á ambos nos faltó la paciencia, y nos separamos amigablemente. ¿Cree-rás tú que el último dia de nuestra amistad fué el mas gustoso que habiamos tenido hasta entonces? Igualmente fatigados los dos de los males que habiamos padecido, nos despedimos con la mayor alegría, semejantes á dos miserables cautivos que recobran su libertad despues de una dura esclavitud.

Desde entonces he procurado precaverme del amor, y no quiero mas amistad que turbe mi reposo. No sienta bien en nosotros suspirar como las demas mugeres, ni debemos abrigar en nuestro pecho una pasion cuyas ridiculeces hacemos ver al público.

Entre tanto mi fama iba tomando mas vuelo, publicando por todas partes que yo era una actriz inimitable. Tanta nombradía movió á los comediantes de Granada á que me escribiesen, convidándome con una plaza en su compañía; y para hacerme ver que la propuesta no era despreciable, me enviaron una razon del importe de sus últimas entradas y de sus caudales, por lo cual pareciéndome un partido ventajoso lo acepté, aunque en lo íntimo de mi corazon sentia dejar á Fenicia y á Dorotea, á quienes amaba tanto quanto una muger es capaz de amar á otra. A la primera la dejé en Sevilla ocupada en derretir la vajilla de un platerillo, que por vanidad queria tener por cortejo á una comedianta. Se me ha

olvidado decirte que al hacerme cómica mudé por capricho el nombre de Laura en el de Estela, y con éste salí para Granada.

Allí principié mi ejercicio con tanta felicidad como en Sevilla, é inmediatamente me ví rodeada de amantes; pero como no quería favorecer sino á quien diese buenas señales, me porté con tal reserva que pude ofuscarlos. Sin embargo, temiendo pagar la pena de una conducta que de nada servia, y que no me era natural, pensaba declararme á favor de un oidor jóven, de nacimiento plebeyo, quien por razon de su empleo, de una buena mesa, y de arrastrar coche, hacia el papel de señor, cuando ví la primera vez al marques de Marialba. Este señor portugues, que viaja en España por mera curiosidad, al pasar por Granada se detuvo. Fué á la comedia, y aquel dia no representé yo. Miró con mucha atencion á las actrices que se presentaron, halló una que le gustó, y desde el dia siguiente empezó á tratar con ella. Estaba ya para convenirse cuando me presenté yo en el teatro. Mi presencia y mis monadas volvieron prontamente la veleta. Ya mi portugues no pensó mas que en mí, y á decir verdad, como yo no ignoraba que mi compañera habia agradado á este señor, procuré desbancarla, y tuve la fortuna de conseguirlo. Bien sé que ella me ha aborrecido; pero esto poco importa. Debiera saber que entre las mugeres es natural esta ambicion, y que las mas íntimas amigas no hacen escrúpulo de ella.



CAPÍTULO VIII.

Del recibimiento que hicieron á Gil Blas los cómicos de Granada, y de la persona á quien reconoció en el vestuario.



N el punto mismo que Laura acababa de contar su historia, llegó una comedianta vieja, vecina suya, que venia á sacarla para ir á la comedia. Esta venerable heroína de teatro hubiera sido primorosa para hacer el papel de la diosa Cotis¹. Mi hermana no dejó de presentar su hermano á esta figura añeja, y sobre ello mediaron grandes cumplimientos de ambas partes.

Las dejé solas, diciendo á la viuda del mayordomo que iria á buscarla al teatro luego que hubiera hecho llevar mi ropa á casa del marques, que ella me enseñó. Fuí inmediatamente al cuarto que tenia alquilado, pagué á mi huésped, dí á un mozo mi maleta, y fuí con él á una gran posada en donde estaba alojado mi amo. Encontré á la puerta á su mayordomo, que me preguntó si era yo el hermano de la señora Estela. Respondí que sí, y me dijo:—Pues sea vd. muy bien venido, caballero. El marques de Marialba, de quien tengo la honra de ser mayordomo, me ha mandado os reciba con todo agasajo: se le ha preparado á vd. un cuarto; si vd. gusta yo se lo enseñaré. Me subió á lo último de la casa, y me introdujo en un aposento tan pequeño que solo cabia una cama muy estrecha, un armario y dos sillas; tal era mi habitacion. Vd. no estará aquí muy á sus anchuras, me dijo mi conductor; pero en recompensa prometo á vd. que en Lisboa estará soberbiamente alojado. Metí mi maleta en el armario, del cual me llevé la llave, y pregunté á qué hora se cenaba. Me respondieron que el señor cenaba comunmente

¹ Era la deidad de los placeres voluptuosos.